

385
①
Enero 8' 1919.

Sr. Dr. F. S. ROWE.
Washington. - D.C.

Mi querido y buen amigo:-

Recibí en mi oficina la copia que se sirvió Ud. enviarme de su brillante discurso titulado "El Ambiente de la Democracia", que leí con todo cuidado y me ha llenado de satisfacción el que la prensa de mi país lo haya reproducido, para que así sea del conocimiento de la gran mayoría de los hombres que en mi patria anhelan el advenimiento de una Democracia efectiva sobre las bases únicas que pueden hacerla perdurar y que son: la moralidad, la equidad y la justicia.

Reciba usted mi sincera felicitación que le envío con este motivo, y un saludo muy afectuoso de

Su atento amigo y S. S.

AO/FTb

El Ambiente

de la

Democracia

Discurso pronunciado por el

Honorable L. S. Rowe,

Subsecretario del Tesoro de los

Estados Unidos de la América del Norte.

EL AMBIENTE DE LA DEMOCRACIA.

Discurso pronunciado por el Honorable L. S. Rowe, Subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos de la América del Norte.

Durante el año pasado ha venido constantemente a mi memoria una serie de discusiones sostenidas con algunos de los hombres que han ejercido mayor influencia en la formación del pensamiento moderno de Prusia; y recuerdo, como si hubiera ocurrido ayer, la conversación o, por mejor decir, la controversia que sostuve con un hombre que, después de Treitschke, ha influido sobre la juventud prusiana más hondamente que ningún otro de los profesores alemanes. Díjome mi interlocutor: "¿Cómo pueden ustedes esperar, con su extremado individualismo, con su carencia de organización nacional, con su falta de preparación para ejercitar fuerza física; cómo pueden ustedes esperar desempeñar un papel entre las naciones de la tierra? ¿No saben ustedes que los principios que quieran sostener no tendrán más validez que la que les imprima la fuerza física con que están dispuestos a propugnarlos?"

A estas palabras respondí: "Usted no comprende los propósitos y las ambiciones del pueblo americano. Nosotros no deseamos dominar a los demás; y el único anhelo que nos guía en el empleo de nuestra influencia nacional es el de hacer que reinen en toda la tierra esas normas de derecho y de justicia ^{que} ~~que~~ son tan caras para nuestro corazón."

"¡Sueños, sueños, sueños!" fué su respuesta. "Pensaba que ustedes eran la nación más práctica del orbe, y empiezo a creer que son un pueblo de soñadores." A lo cual sólo pude replicar: "Se acerca usted a la verdad más de lo que cree. Habrá de llegar un día - quizás aun esté muy lejano - (esto ocurría hace quince años), en que se vean amenazados los ideales y los principios por

los que el pueblo americano habrá de sacrificar todo; y cuando llegue la hora de la prueba no lo verá usted dejar su puesto de honor, sea cual fuere el origen del peligro."

Cuando el historiador deba en lo futuro justipreciar la parte que los Estados Unidos tomaron en este gran conflicto mundial, se pondrá de relieve la clara diferencia existente entre las causas que condujeron a los Estados Unidos a la guerra, y los más extensos propósitos y problemas que hubo de afrontar a raíz de su entrada en el conflicto. Hubo cierto tiempo en que una parte muy considerable de los elementos reflexivos de este país pensaba que América debía adherirse a una política de "Neutralidad Armada"; y que por medio de dicha política quedarían protegidos de la mejor manera los derechos neutrales que sosteníamos, y mejor servidos los más amplios intereses del país. Ahora está bien claro que, de haber seguido este programa, los Estados Unidos no hubieran podido desempeñar ese papel tan importante que están claramente llamados a asumir con su posición estratégica, política y económica en el arreglo de los negocios del mundo. Está bien claro ahora, a la luz de acontecimientos recientes, que, con los Estados Unidos como neutral, habrían desaparecido todas las esperanzas de una paz que hubiera permitido a este país o a cualquiera otro llegar a un estado superior de desarrollo democrático.

El Presidente ha resumido admirablemente la situación al hablar del programa de Alemania. "Una vez llevado a la práctica ese programa", dice, "América y todos cuantos están u osan ponerse a su lado, deberán armarse y prepararse para combatir contra una

dominación impuesta a todo el mundo, durante la cual se verán hollados y meonspreciados los derechos de los hombres humildes, de las mujeres y de todos los débiles, y habrá de comenzar de nuevo, desde sus principios, la lucha secular por la libertad y por el derecho. Todo aquello por lo que América ha vivido; lo que América ha crecido amando y defendiendo; lo que América ha procurado convertir en una gloriosa realidad, se habrá desplomado en espantosa ruina; y una vez más verá la humanidad cerradas despiadadamente ante sus ojos las puertas de la misericordia."

Los que han estudiado cuidadosamente el crecimiento de Alemania desde el acceso al trono del Káiser actual, han visto con aprensión creciente el desarrollo de sus planes, encaminados a obtener el señorío del mundo. Los acontecimientos de los últimos meses han servido para disipar cualquiera duda que hubiera quedado con referencia a la trascendental amenaza que dichos planes implicaban. El trato dado a Rusia y a Rumania sería ^{prueba} positiva, si prueba ulterior se necesitara, de un plan de dominio militar que, de tener éxito, condenaría a la humanidad a vivir durante un período indefinido en un campamento militar, con la organización política, el ambiente social y las tendencias anti-democráticas que tal medio implica necesariamente.

El problema que se nos presenta no es, por lo tanto, sólo el de obtener una victoria; sino el de ayudar, más aún, el de encabezar la obra de constituir una situación mundial que haga imposible que la filosofía política subyacente en el plan germánico dicte el resultado final o, por cualquier motivo, influya en él de manera preponderante. Hablando del tratado de paz que dió

6

fin a la guerra de Crimea, dijo Lord Clárendon: "Hemos hecho una paz, pero no hemos hecho la paz." Hoy es la misión de los Estados Unidos echar sobre sus hombros la responsabilidad de hacer que la paz que suceda a la guerra, sea la paz, la paz que haga posible el desarrollo ulterior de la democracia y permita a América ofrecer su más grande contribución a la cultura humana.

Es esencial no perder de vista que la democracia tiene un significado más hondo que la mera elección de funcionarios públicos por medio del sufragio popular. Su esencia es un estado social del que se ha eliminado todo privilegio especial, y en el que existe una igualdad de oportunidades real y no solamente de forma. Debe recordarse también que el desarrollo de la democracia no depende tan sólo de la aspiración del pueblo hacia instituciones democráticas, sino que ese desarrollo requiere también un medio ambiente favorable. Es un hecho no insignificante el de que los ejemplos de fracasos democráticos que presenta la historia se hayan debido, no tanto a circunstancias internas, cuanto a la presión de condiciones políticas externas; esto es, a la necesidad de prepararse contra una agresión política extranjera. Fué la política alemana de preparación contra la agresión extranjera lo que impidió que los restos del liberalismo alemán de 1848 adquirieran vida nueva e hicieran de Alemania un pueblo democrático. La muerte del Emperador Federico III, ocurrida en 1888, ahogó la última esperanza que existía de un desarrollo en esta dirección. Si hubiera él vivido más tiempo, la casta militar germánica hubiera dejado de imponer los principios de la política internacional, y Alemania se hubiera convertido en uno de los portaestandartes de la cooperación y la justicia inter-

nacionales que tanto han progresado en Francia, la Gran Bretaña y los Estados Unidos durante el último cuarto de siglo.

Hallámonos ahora frente a frente de una situación que nos obliga a luchar para obtener una condición mundial que nos permita llevar a una etapa superior nuestro propio desenvolvimiento democrático. Es evidente que esto no puede realizarse en un ambiente impregnado con las incertidumbres de una agresión posible de parte de cualquiera potencia o de cualquier grupo de potencias. Nadie podría tener fe ni por un momento siquiera en la resurrección de la doctrina del llamado "equilibrio del poder". Vemos hoy, como nunca en lo pasado, que las instituciones americanas interrumpirán su desarrollo normal, cambiarán radicalmente su espíritu y, por motivos de propia conservación, asumirán una forma de organización política y militar que impedirá la realización de las promesas contenidas en nuestra evolución durante los siglos dieciocho y diecinueve. Bien podemos ahora recordar las palabras de Burke:

"Nos hallamos en guerra con un sistema esencialmente hostil a todos los demás gobiernos, y el cual hace la paz o la guerra, en cuanto la guerra y la paz pueden servir mejor para destruirlos. Estamos en guerra contra una doctrina armada."

La naturaleza de la amenaza que afrontamos ha adquirido vívida claridad con la conducta de los alemanes en Rusia y en Rumania. Cualquiera transacción con la doctrina alemana significaría para el mundo una pérdida moral incalculable, pues enseñaría a las generaciones presentes y futuras que una arrogante transgresión de la ley, la fuerza bruta y la agresión son las tres armas con que más fácilmente puede obtenerse el bien nacional. La civilización occidental perdería la fe en la ley y el orden, y

no la recobraría jamás.

Es claro que saldrá de esta pugna un nuevo mundo; pero la forma de ese mundo dependerá grandemente del desinterés de América y de la firmeza de su fe en el derecho y la justicia internacionales. Aunque hemos entrado en este conflicto mundial apenas hace un poco más de un año, ya el efecto de nuestra actuación es evidente en nuestra vida nacional. Está sirviendo para dar claridad a nuestros ideales, para elevar nuestras normas de conducta cívica y para enseñaros la extensión del camino que hemos de recorrer antes de haber traducido en hechos las aspiraciones democráticas fundamentales de nuestro pueblo. Al terminar esta lucha debe darse el mayor alcance al libre desarrollo de estos nuevos impulsos nacionales; y no podemos esperar la realización de este propósito si no nos convertimos en parte integrante de una organización internacional, resueltos a todo trance a eliminar de los negocios del mundo toda agresión; a proteger los derechos de las nacionalidades, grandes y pequeñas; y a colocarnos al servicio de los principios más altos de la justicia y la buena fe internacionales.

Para realizar esto, deben, sin embargo, ocurrir cambios profundos en nuestra propia vida nacional. Debemos desarraigar ese espíritu de intolerancia que se manifiesta con tanta frecuencia en diversas regiones de nuestro país; debemos eliminar los prejuicios de raza que caracterizan y tan a menudo desdoran nuestra vida nacional y debemos hacer esfuerzos cada vez mayores para lograr que la hospitalidad de nuestras playas signifique mucho más de lo que hasta hoy ha significado. Debemos poner al

inmigrante en contacto vital con las mejores y no con las más sórdidas influencias de nuestra vida nacional; protegerlo contra la explotación; y hacerle comprender con la menor dilación posible los privilegios que implica la ciudadanía americana.

Puestas así de acuerdo con unos mismos y elevados principios nuestras políticas interna y externa, esta posición de guía espiritual que han adquirido los Estados Unidos durante el presente conflicto llegará a ser el mayor amparo y el más seguro refugio de la civilización.